

## «REFORMA LEGÍTIMA SÍ, REFORMA ARBITRARIA NO» EL OBISPO ELADIO VICUÑA ARÁNGUIZ EN TIEMPOS DEL CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II\*

---

Cristián Leal Pino\*\*  
Universidad del Bío-Bío (Chile)  
Luis Rojas Donat\*\*\*  
Universidad del Bío-Bío (Chile)

El artículo analiza al obispo de Chillán Eladio Vicuña Aránguiz en tiempos preconciliares, conciliares y posconciliares con el propósito de adentrarnos en las vivencias del Concilio Ecuménico Vaticano II. Mediante la consulta de cartas pastorales, edictos, circulares, reflexiones, acuerdos suscritos por el obispo en el desarrollo del Concilio que obran en el archivo de la Diócesis de Chillán, Diario La Discusión de Chillán, Revista Católica y las Acta Sinodales, es posible observar que el obispo llevó a cabo una serie de iniciativas, pese a las dificultades propias de una diócesis de marcado sello rural. Se abrió a una pastoral más activa creando mejores condiciones para los sacerdotes y la feligresía, siempre en el marco de reformas legítimas y no arbitrarias, graduales pero no radicales, situándose en la línea de lo postulado por la Iglesia Católica chilena.

*Palabras claves:* Obispo Eladio Vicuña, Diócesis de Chillán, Concilio Vaticano II

«LEGITIMATE REFORM YES, ARBITRARY REFORM NO» THE BISHOP OF CHILLÁN ELADIO VICUÑA ARÁNGUIZ AT THE TIME OF THE SECOND VATICAN ECUMENICAL COUNCIL

The article analyzes the Bishop of Chillán Eladio Vicuña Aránguiz, in pre-conciliar, conciliar and post-conciliar times, with the purpose of delving into the experiences of the Second Vatican Ecumenical Council. The investigation consulted a series of sources such as pastoral letters, edicts, circulars, reflections, such as the agreements signed by the bishop in the development of the Council, existing in the archives of the Diocese of Chillán, La Discusión de Chillán, Revista Católica and the Synod Act. As a result, it was observed that the bishop carried out a series of initiatives, despite the difficulties typical of a diocese with a marked rural seal, opening up to a more active pastoral ministry, creating better conditions for priests and parishioners, but always within the framework of legitimate and non-arbitrary reforms, gradual but not radical, being in line with what is postulated by the Chilean Catholic Church.

*Key words:* Bishop Eladio Vicuña, Diocese of Chillán, Second Vatican Council

Artículo Recibido: 12 de Octubre de 2020  
Artículo Aceptado: 15 de Noviembre de 2020

---

\* Proyecto DIUBB 183424 2/R, Universidad del Bío-Bío-Chile.

\*\* E-mail: cleal@ubiobio.cl

\*\*\* E-mail: lrojas@ubiobio.cl

## Introducción

**E**l Concilio Ecuménico Vaticano II es considerado el acontecimiento más relevante de la Iglesia Católica del siglo XX, toda vez que los cambios propuestos tuvieron la finalidad de que la Iglesia iniciara una progresiva apertura al mundo laico. Además, representó el paso de una Iglesia occidental a una Iglesia según las dimensiones del mundo, junto al surgimiento de una nueva conciencia eclesial que buscó reemplazar la catolicidad del momento<sup>1</sup>.

Una renovación amplia y diversa tuvo el carácter de urgencia. La estricta observancia de las normas no parecía suficiente. Ameritaba un cambio que implicara abrirse a la vida, tomar conciencia que la diversidad de culturas era un verdadero tesoro y que el conocimiento de estas y el diálogo con ellas habría caminos para la verdad<sup>2</sup>. Aun cuando la Iglesia preconiliar estaba enfocada en la salvación de las almas, el Concilio agregó la preocupación por el cuerpo y sus necesidades porque los bienes materiales existían para que el hombre se relacionara con ellos.

Si Juan XXIII consideraba que las tradiciones estaban ahogando la tradición, era imperioso promover un cambio de actitud acompañada de modificaciones en la

---

<sup>1</sup> Routhier, Gilles, «El sueño de un nuevo concilio», *Selecciones de Teología*, n° 177, España, 2006 (pp. 57-71).

<sup>2</sup> *Gaudium et spes*, n° 44.

estructura de la Iglesia. La Buena Nueva había que comunicarla de manera distinta en un lenguaje que cada nación y cultura pudiera oír y comprender. Esto podía lograrse removiendo la Iglesia para así provocar su *aggiornamento*, el cual no se conseguiría declarando nuevos dogmas sino introduciendo una renovación pastoral<sup>3</sup>. Un cambio *ad intra* y *ad extra* que encaminara a la Iglesia a hacer realidad las promesas de Dios, superando urgentemente «la debilidad y el pecado»<sup>4</sup> y proceder a una purificación constante<sup>5</sup>. Abrir espacios a una «legítima diversidad de tradiciones rituales, disciplinares y espirituales» se fue convirtiendo en un imperativo<sup>6</sup>.

El Concilio ha merecido interpretaciones muy dispares, las cuales oscilan desde la ruptura con la Tradición hasta una continuidad con la misma. Después del tiempo transcurrido, no parece posible afirmar que exista solamente «discontinuidad» o «continuidad total» en la Iglesia pre y posconciliar, como tampoco se esgrime ya un «supuesto espíritu» del Concilio consistente en un menosprecio por los decretos<sup>7</sup>. Los concilios tienen un parecido familiar pero también una fisonomía propia<sup>8</sup>. Si algo pudiera caracterizar al Concilio Vaticano II es el desafío inmenso que significaba para la Iglesia entera implementar lo establecido en él<sup>9</sup>. Aparte de los temas propiamente eclesiológicos, son muchos los temas abordados por los padres conciliares, tales como el ateísmo y las increencias<sup>10</sup>, la ruptura o continuidad<sup>11</sup>, la necesidad o no de un nuevo concilio ecuménico o favorecer la emergencia de una auténtica vida conciliar en los grandes espacios culturales del mundo<sup>12</sup>.

Sin embargo, no abundan los estudios sobre el impacto del Concilio observado desde la Iglesia local, desde las diócesis con sus obispos a los cuales se les abrió un nuevo horizonte eclesiológico. Para Gilles Routhier, más que «soñar un nuevo Concilio», había que poner énfasis en la vida conciliar regional, en la reagrupación de iglesias con sus figuras, disciplinas, usos litúrgicos y patrimonio teológico para el renacimiento de la vida conciliar<sup>13</sup>. La recepción es un “proceso

<sup>3</sup> Pieris, Aloysius, «Vaticano II. Un concilio “Crisigénico” con una agenda no escrita», *Pastoral Review*, n° 42, 2005 (pp. 7-24).

<sup>4</sup> Villar, José Ramón, «Dimensión ecuménica del Vaticano II», *Scripta Theologica*, vol. 46, 2014, p. 96.

<sup>5</sup> *Lumen Gentium*, n° 8.

<sup>6</sup> Villar, José Ramón, *op. cit.*, p. 97.

<sup>7</sup> Perea, Joaquín, «¿Acontecimiento del Espíritu o corpus doctrinal a aplicar con fidelidad?», *Iglesia Viva*, n° 227, 2006 (pp. 3-72).

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>9</sup> Serrano, Laura, *Aportaciones de la Iglesia a la democracia, desde la diócesis de Valladolid 1959-1970*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2006.

<sup>10</sup> Alonso, Juan, «Ateísmo e increencias según el Concilio Vaticano II», *Scripta Theologica*, n° 45, 2013 (pp. 395-423).

<sup>11</sup> Blanco, Pablo, «¿Ruptura o reforma? La hermenéutica del Concilio Vaticano II en los escritos de Joseph Ratzinger», *Teología y Vida*, n° 54, 2013 (pp. 255-287).

<sup>12</sup> Routhier, Gilles, *op. cit.*, pp. 57-71.

<sup>13</sup> *Idem*.

dinámico todavía en marcha” y no por ello escapa a «la posibilidad de análisis»<sup>14</sup>, como señalaba Ángel Unzueta, al «ser la realidad una y plural a la vez, cabe hablar legítimamente de comportamientos y recorridos diferentes: cada Iglesia local realiza, por tanto, su propio proceso de recepción»<sup>15</sup>. La Iglesia local se convierte en un espacio concreto donde se pueden analizar claramente los niveles que la conforman, sus relaciones y también su actuar propio e individual, declarándolas como un sujeto y objeto vivo/activo del propio Concilio. En este sentido es necesario poner la mirada en los espacios regionales desde sus micro-unidades, como las diócesis, con el objeto de auscultar las vivencias del concilio y los proyectos de una vida pastoral más en consonancia con el mismo.

Este cambio de mirada y acción de la Iglesia es necesario observarlo en distintos contextos y situaciones. Los obispos eran los llamados a asumir el cambio y en conjunto con los religiosos y el mundo laico impulsar lo asentado en la reunión conciliar. Hace unos años, el historiador Carlos Salinas Araneda orientaba sobre algunas perspectivas de investigación en relación con el Concilio en América Latina. Variopintos eran los temas pendientes y que requerían del trabajo de los historiadores, pero uno de ellos interesa aquí: la participación de los obispos en el concilio y la encarnación de este en el clero y la feligresía. Al respecto decía «no conozco, a nivel nacional, ninguna lista que especifique qué obispos y cómo participaron en el evento conciliar»<sup>16</sup>. Esto es particularmente importante, toda vez que el propio cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, afirmaba que el episcopado chileno había concurrido muy bien preparado, habiendo estudiado los temas intensamente, teniendo en consecuencia una participación en el Concilio<sup>17</sup>. En este contexto es oportuno preguntarse por el obispo Eladio Vicuña en cuanto a sus vivencias preconciliares, conciliares y posconciliares en la diócesis de Chillán.

Eladio Vicuña Aránguiz fue el tercer obispo de Chillán, luego de Martín Rucker Sotomayor y Jorge Larraín Cotapos. Fue ordenado sacerdote en 1934 y después de 21 años de ejercicio fue nombrado obispo de Chillán en 1955, a los 51 años. Eladio Vicuña participó del Concilio desde la primera fase y convocó a pronunciarse sobre las temáticas que debían hablarse; viajó a Roma a ser parte del Concilio, donde apoyó mociones y planteó otras que consideraba relevantes; de regreso a su diócesis intentó asimilarlo con una serie de acciones, siendo el sínodo

<sup>14</sup> Faggioli, Massimo, «La recepción del Vaticano II. Un balance a los cuarenta años de su conclusión», *Iglesia Viva*, n° 227, julio-septiembre, 2006.

<sup>15</sup> Unzueta, Ángel, *Vaticano II e Iglesia local. Recepción de la ecclesiólogía conciliar en la Diócesis de Bilbao*, Descleé de Brouwer, Bilbao, 1994, p. 24.

<sup>16</sup> Salinas, Carlos, «El catastro de los archivos de los padres del concilio Vaticano II en América Latina. Primeros resultados y perspectivas de investigación», ed. Chenu, Philippe, *Il concilio Vaticano II alla luce degli archivi dei padri conciliari*, Lateran University Press, Pontificia Università Lateranense, Ciudad del Vaticano, 2015 (pp. 363-387), p. 365.

<sup>17</sup> Salinas, Carlos, «El Concilio Vaticano II vivido desde dos Arzobispados del Pacífico-Sur de América Latina: Lima y Santiago de Chile», Chenu, Philippe, Plamen Kartaloff, Kiril, *il concilio vaticano ii e i suoi protagonisti alla luce degli archivi*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2017 (pp. 329-348), p. 338.

el principal mecanismo para ello. En la diócesis de Chillán existían problemas objetivos que emanaban de su gran extensión, el escaso número de sacerdotes y los exiguos recursos económicos. Sin embargo, en cuanto a la puesta en práctica del concilio en la diócesis en sus primeros años, influyeron la preparación del clero para comprender y asumir el desafío conciliar, el poco diálogo entre los sacerdotes y el obispo, y las convicciones del obispo en cuanto a lo que podía ser posible o no cambiar, todo lo cual definió con la expresión «reforma legítima sí, reforma arbitraria no».

¿Qué ocurría en la diócesis de Chillán en los momentos previos al Concilio? ¿Qué acciones llevó a cabo el obispo Eladio Vicuña para poner en práctica el Concilio a la diócesis de Chillán? ¿Qué opinaba el clero y la feligresía de la diócesis a pocos años de concluido el Concilio? El procedimiento metodológico que hemos adoptado corresponde a un análisis histórico de carácter cualitativo en el contexto de la microhistoria y en el marco de las vivencias de un obispo, donde su propia huella testimonial, manifestada en múltiples documentos existentes en el archivo de la diócesis de Chillán, el diario *La Discusión de Chillán*, la *Revista Católica* y las *Actas Synodales*, nos han permitido aproximarnos a las vivencias de un Concilio a nivel regional. Luego del trabajo heurístico, hemos seguido la metodología temporal utilizada por Carlos Salinas al momento de abordar la realidad de dos arzobispados del pacífico-sur de América Latina en el contexto del Concilio Vaticano II, donde considera el antes, durante y el después del Concilio<sup>18</sup>. Fue así como determinamos los momentos para nuestro estudio, los que correspondieron a los períodos 1960-1962, 1962-1964 y 1965-1974. En el análisis utilizamos cartas pastorales, circulares, edictos, escritos de prensa, actas sinodales, sínodos, creaciones y reflexiones personales del obispo, decretos, discursos y encuestas de opinión a los sacerdotes y laicos de la diócesis de Chillán.

### **El Concilio Ecuménico Vaticano II y los desafíos de los obispos**

Los papas Juan XXIII y Pablo VI tuvieron como objetivo producir un *aggiornamento* y replanteamiento de la Iglesia en el mundo moderno. Una tarea nada fácil, más aún cuando los cambios propuestos no eran meramente administrativos, sino que implicaban una redefinición de la concepción de la Iglesia en sí misma y de su relación y misión con el mundo<sup>19</sup>. En este sentido, es cada vez más necesario hacer un análisis histórico crítico y contextualizado de los contenidos e implicancias del Concilio tanto dentro como fuera de la Iglesia<sup>20</sup>.

El Concilio significó, entre otras cosas, dar a conocer una Iglesia más *universal* que occidental, pasar de una institución centrada en sí misma a una Iglesia

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 329-348.

<sup>19</sup> Yáñez, Edurne, «El impacto y la recepción del Concilio Ecuménico Vaticano II en Navarra. Una aproximación al primer postconcilio marcado por la figura del prelado Mons. Enrique Delgado Gómez (1965-1968)», *Historia Actual Online*, n° 35, 2014 (pp. 127-142).

<sup>20</sup> *Idem*.

preocupada por el otro e inmersa en un mundo con problemas reales<sup>21</sup>, pensar en las dificultades que implicaría hacer frente a la etapa postconciliar de la recepción efectiva del Concilio<sup>22</sup>, a partir de múltiples y complementarios procesos que se han sintetizado normalmente en las instituciones eclesiales<sup>23</sup>. A fin de cuenta la recepción tenía que ver con la ratificación, aprobación y validez que cada individuo le otorga al Concilio. Recibir el Concilio Vaticano II significa disponerse «al proceso eclesial de consentir, confirmar y discernir lo dado por él para el bien de la Iglesia»<sup>24</sup>.

En Chile lo cierto es que el Concilio fue prendiendo a medida que pasaban los años. El llamado de Juan XXIII a la realización de un Concilio Ecuménico no ameritó necesariamente una respuesta inmediata del episcopado chileno. Las fuentes dejan en claro que se pasó de un silencio respetuoso a un llamado a ser partícipe del Concilio. Con fecha 21 de junio de 1961 el episcopado chileno publicó una pastoral colectiva<sup>25</sup> que constituyó «el primer pronunciamiento formal y explícito»<sup>26</sup> respecto al Concilio. Allí, junto con alabar las condiciones personales y pastorales de Juan XXIII, los obispos llamaban a los cristianos a ser solidarios con las preocupaciones de su Santidad en la importancia del Concilio y cooperar para su realización<sup>27</sup>.

Reconocían los obispos que se asistía «a una grave crisis de valores, especialmente morales», y que problemas en el campo filosófico, político, social y económico requerían «precisiones y adaptaciones concretas de la doctrina cristiana»<sup>28</sup>. Estas situaciones «nuevas» presentes en la sociedad tenían una gran repercusión en la Iglesia, lo que ameritaba una «orientación o readaptación» por parte de las autoridades eclesiásticas<sup>29</sup>. De igual modo estaban conscientes de los objetivos del Concilio y de cómo prepararse para ello. Era necesario revisar el vivir cristiano, el rol de los laicos en la Iglesia y la unidad cristiana<sup>30</sup>. Los aliados en la preparación eran el estudio, la oración y la unión en torno al obispo<sup>31</sup>.

Como lo señalan las Constituciones Generales y los Decretos conciliares, los prelados eran fundamentales en la puesta en práctica de los cambios. La Constitución dogmática *Lumen Gentium* señalaba que los obispos son principio de

<sup>21</sup> Comblin, Joseh, *Tiempo de acción. Ensayo sobre el Espíritu y la historia*, CEP, Lima 1986.

<sup>22</sup> Madrigal, Santiago, «La recepción del Concilio Vaticano II», *Iberoamericana de Teología*, vol. 7, n° 13, 2011 (pp. 21-49).

<sup>23</sup> Polanco, Rodrigo, «Concepto teológico de recepción con vistas a su aplicación al desarrollo posterior al Concilio Vaticano II», *Teología y Vida*, vol. 54, n° 2, Santiago, 2013.

<sup>24</sup> Azcuy, Virginia, «La recepción del Concilio Vaticano II en el pueblo de Dios. Testimonios sobre la renovación desde las formas de vida», *Teología*, vol. 50, n° 112, 2013, p. 204.

<sup>25</sup> «Pastoral Colectiva del Episcopado chileno. Su Santidad Juan XXIII y el Concilio Ecuménico Vaticano II», *Revista Católica*, vol. LVII, 1961, pp. 3019-3024.

<sup>26</sup> Salinas, Carlos, «El Concilio Vaticano vivido...», *op. cit.*, p. 333.

<sup>27</sup> «Pastoral Colectiva...», *op. cit.*, p. 3.020.

<sup>28</sup> *Ibidem.*, p. 3.021.

<sup>29</sup> *Ibidem.*, p. 3.022.

<sup>30</sup> *Ibidem.*, pp. 3.019-3.024.

<sup>31</sup> *Idem.*

unidad en las iglesias particulares asignadas (LG, n° 23), que su labor era servir y no ser servido (LG. n° 27), contando con los sacerdotes como los primeros colaboradores y con quienes conformaban un único cuerpo sacerdotal (LG, n° 28). Nada de lo que interesaba al bien de la humanidad debía serles ajeno, y tenían la obligación de entablar diálogo con los hombres, con amor y comprensión. En este diálogo procederán con humildad y prudencia.

El Decreto conciliar sobre «el deber pastoral de los obispos» puntualizaba la obligación de los obispos: junto con la misión de gobernar la Iglesia, debían constituirse en modelos de santidad con caridad, humildad y sencillez de vida. Debían dialogar cercanamente con los sacerdotes, quienes tomarían parte activa en las iniciativas diocesanas inundando con la luz del Evangelio la actividad temporal de los fieles. Además, con su trabajo diario habían de exponer al mundo el rostro de la Iglesia que propicia el diálogo con el mundo y hombres de cualquier opinión (GE. n° 43). Invitaba a los pastores, ayudados por los religiosos y los fieles, a demostrar que la Iglesia era fuente de virtud para el mundo actual.

### **El obispado de Chillán en tiempos preconciarios, conciliares y posconciarios**

El crecimiento paulatino de la población chilena, la excesiva extensión del territorio y la situación creada por la separación de la Iglesia y el Estado en 1925 generó una nueva realidad en el país que la Iglesia debió considerar. El aumento de obispados y la conformación de tres provincias eclesiológicas a partir de 1939, así como la necesidad de la Iglesia de presentarse ante la sociedad con voz unitaria, «fueron razones más que suficientes para fundar un cuerpo colegiado, el cual finalmente se concretó primero en 1952 con la creación de la Conferencia Episcopal»<sup>32</sup>.

A poco de iniciado el siglo XX, el papa Pío XI creó en Chile nuevas diócesis para una mejor atención de los fieles. Mediante la bula *Apostolici muneris* dividió el Arzobispado de Santiago en las diócesis de Talca, Rancagua, Valparaíso y San Felipe, y mediante la bula *Notabiliter aucto* escindió la arquidiócesis de Concepción creando las de Chillán, Linares y Temuco, las cuales permitirían atender de mejor forma a los feligreses<sup>33</sup>. Así surgiría en 1926 la diócesis de Chillán, que ya en 1916 era una Gobernación Eclesiológica. La nueva diócesis comprendía 14.260 kilómetros cuadrados y una población de 265.861 habitantes<sup>34</sup>. ¿Qué labor desarrolló el obispo Vicuña en tiempos preconciarios, conciliares y posconciarios en la diócesis de Chillán? Es lo que veremos en las siguientes páginas.

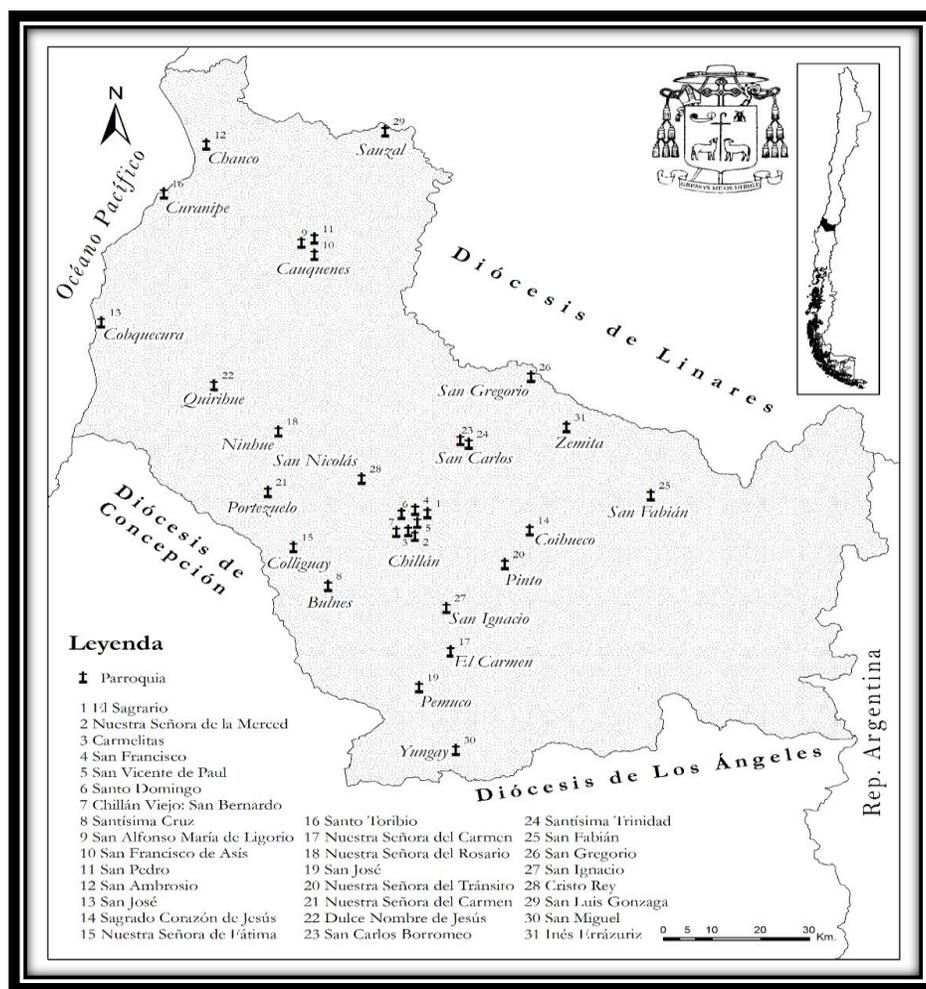
<sup>32</sup> Moreno, Rodrigo, «El Episcopado en la primera mitad del siglo XX, un nuevo escenario», *Historia de la Iglesia en Chile*, tomo IV, dir. Marcial Sánchez, Santiago, 2014, p. 51.

<sup>33</sup> Salinas, Carlos, *Genealogía Episcopal de los Obispos de Valparaíso*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 2015.

<sup>34</sup> Jara, Silvio, «Orígenes del obispado de Linares 1925-1960», *Historia de la Iglesia en Chile*, tomo IV, Editorial Universitaria, Santiago, 2014 (pp. 401-428).

## La diócesis de Chillán en tiempos preconciliares: preocupaciones religiosas, políticas y económicas de un obispo.

Hacia 1960 más de una treintena de parroquias componían el obispado de Chillán, diseminadas en un amplio territorio fundamentalmente rural que abarcaba desde el sector de Cauquenes (Chanco, Sauzal) por el norte hasta Yungay por el sur; y desde el mar a la cordillera. El siguiente mapa da cuenta de ello.



PARROQUIAS DE LA DIÓCESIS DE CHILLÁN, 1960<sup>35</sup>.

<sup>35</sup> Mapa construido a partir de: Vicuña Aránguiz, Eladio, «Dinero del Culto», agosto 10 de 1960, *Cartas circulares de los obispos, 1951-1975*, Archivo de la Diócesis de Chillán (en adelante ADCh); Moreno Jeria, Rodrigo, «El Episcopado en la primera mitad del siglo XX, un nuevo escenario», *Historia de la Iglesia en Chile*, tomo IV, Santiago, 2014 (pp. 15-52); Jara, Silvio, *op. cit.*

A pesar de los avances experimentados por la diócesis de Chillán, diversas eran las preocupaciones que tenía el obispo Vicuña en los años previos al Concilio. A través de los Concilios Provinciales de los años 1938 y 1946, la Iglesia había detectado situaciones que afectaban a la institución en general y al obispado de Chillán en particular, como las ideologías, la masonería, el protestantismo y los medios de comunicación<sup>36</sup>.

En el plano religioso, el obispo Vicuña estaba preocupado por el avance del protestantismo. En su primera circular, emitida el 2 de noviembre de 1955, hacía ver a los sacerdotes que, para ilustrar a los fieles sobre el catolicismo, el mes de María brindaba una gran oportunidad para «hacer efectiva campaña contra el protestantismo que tan silenciosamente y en forma alarmante ha ido invadiendo la Diócesis, particularmente en los campos y pequeños pueblos»<sup>37</sup>. Por ello les instaba a que su predicación fuera «preferentemente sencilla y sólida, orientada sólo a la gloria de Dios y a la santificación de las almas»<sup>38</sup>.

La falta de sacerdotes era otro de sus desvelos. En 1958 realizó un largo viaje a Europa con la finalidad de reclutar religiosos y adquirir la ornamentación para la Catedral. Gracias a la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana (OCSHA) llegan a Chillán en 1959 y 1960 varios servidores en calidad de seminaristas y sacerdotes a dirigir las parroquias de la diócesis<sup>39</sup>. La estadía en España le permitió captar 17 sacerdotes, todos menores de 35 años, los cuales destacaron por su compromiso, integración, respeto por las costumbres y tradiciones locales y por su espíritu apolítico: «no han intervenido en la política activa»<sup>40</sup>. En consecuencia, era un gran desafío para él la formación de los futuros sacerdotes, que a la fecha la hacían en los seminarios de Santiago, Concepción y Talca a un alto costo: dos millones de pesos para el año 1958<sup>41</sup>. Sin duda que era una tarea de primer orden para el obispo, puesto que había que atender las 31 parroquias diseminadas por el extenso territorio de la diócesis.

Vicuña otorgaba gran importancia a la liturgia. En un escrito de 1956 titulado *La Lengua vulgar en la Liturgia*, señalaba el difícil problema del compromiso de la feligresía en las ceremonias litúrgicas y el no menos preocupante inconveniente de la participación en los misterios de la fe y en la oración pública y solemne de la Iglesia. Este punto era neurálgico, pues constituía «la fuente primera e

---

<sup>36</sup> Santa María, Gabriela, «Entre concilios: Una interpretación histórica de los Concilios Provinciales de 1938 y Plenario de 1946», *Historia de la Iglesia en Chile*, vol. IV, ed. Sánchez, Marcial, Editorial Universitaria, Santiago, 2014 (pp. 115-178).

<sup>37</sup> ADCh. (c), Carta circular del obispo Eladio Vicuña, 2 de noviembre, 1955.

<sup>38</sup> *Idem*.

<sup>39</sup> Santa María, Gabriela, *op. cit.*, pp. 115-178.

<sup>40</sup> ADCh. (b), Escritos como obispo de Chillán, s/f.

<sup>41</sup> ADCh. (b), Escritos como obispo de Chillán, 1958.

indispensable del verdadero espíritu cristiano»<sup>42</sup>. Se preguntaba si el pueblo comprendía los ritos, si la participación activa de la feligresía era una realidad, si habría un solo corazón y una sola alma en la asamblea cristiana, como era el deseo de Pío X. Respecto a la juventud señalaba que «la generalidad está físicamente presente y moralmente ausente en el templo. Es necesario haber tenido una sólida formación religiosa para formar parte activa de las ceremonias»<sup>43</sup>.

La razón por la cual las ceremonias del culto interesaban sólo a una élite, era principalmente porque se realizaban en un idioma que el pueblo no entendía. Consideraba el obispo que el asunto de la lengua vulgar en la liturgia no era accidental sino esencial. Sin embargo, dejaba claro en su escrito que: «Todo lo anteriormente dicho no significa que los sacerdotes y personas cultas deban descuidar el estudio del latín. Sería una barbarie querer dejar a un lado esta lengua madre de los idiomas que de ella se derivaron»<sup>44</sup>.

El tema político no estuvo al margen de sus preocupaciones. No admitía que los religiosos de su diócesis participaran en política activa y, de paso, manifestaba abiertamente un fuerte rechazo al comunismo. En sus prédicas y escritos hacía hincapié en lo que estaba ocurriendo en Hungría y Cuba. En un documento con fecha 11 de diciembre de 1956, cuyo título fue *cuatro gatos*, el obispo dejaba en claro su rechazo a la ideología comunista. Señalaba: «Figúrense ustedes que los comunistas han publicado en su órgano de Santiago que el Obispo de Chillán, después de titánicos esfuerzos, había juntado unos ‘cuatro gatos’ en la manifestación que se hizo en el pórtico de la Catedral como adhesión a la Hungría, mártir del Soviet»<sup>45</sup>. Con idéntico espíritu, el 20 de mayo de 1960 escribía un artículo titulado *Castro contra la Iglesia*, donde expresaba la incompatibilidad de la religión y el comunismo. Criticaba sin ambigüedades a Fidel Castro y su régimen e insistía que comunismo y religión no se podían juntar<sup>46</sup>.

El 10 de agosto de 1961 solidarizaba con la Iglesia cubana perseguida. Sostenía que el comunismo era el ‘opio del pueblo’ y por lo tanto había que hacerlo desaparecer de la mente de los hombres, que el comunismo era «materialista y ateo» y que esta realidad estaba también presente en Rusia, China Comunista, Albania, Bulgaria, Estonia, Hungría, Polonia, Rumanía, Checoslovaquia, Letonia, Lituania, Yugoslavia y Alemania Oriental<sup>47</sup>.

Desde el punto de vista material, al obispo le preocupaban una serie de obras para los religiosos y la feligresía. Una de ellas era concluir la construcción de la Catedral, cuyos inicios se remontaba al año 1941; la creación de un pre-seminario para los aspirantes al sacerdocio; una casa de ejercicios para que los fieles cultivaran

<sup>42</sup> ADCh. (b), Escritos como obispo de Chillán, 1956.

<sup>43</sup> *Idem*.

<sup>44</sup> *Idem*.

<sup>45</sup> ADCh. (a), 1956-1970, 11 de noviembre, 1956.

<sup>46</sup> ADCh.(a), 1956-1970, 20 de mayo, 1960.

<sup>47</sup> ADCh. (a), 1956-1970, 10 de agosto, 1961.

su espíritu (Casa Tabor); un Instituto de Educación Rural (IER). Estas obras se materializaron por la dedicación del obispo y por contar con los terrenos para ello, especialmente con una parcela llamada «La Gloria» para los campamentos de verano y el descanso de asociaciones de scouts, acólitos, Juventudes Obreras Cristianas (JOC), Juventudes Estudiantiles Cristianas (JEC), donde era posible cultivar el espíritu de los feligreses y posibilitar la organización pastoral de la diócesis.

La realidad espiritual de la diócesis era retratada por el obispo en una pastoral de 1959 con motivo celebrarse el 6 de julio, Día Nacional de la Caridad. Hacía un llamado a todos los feligreses a ser «verdaderos apóstoles» y a trabajar por la «salvación de las almas», ya que existían muchas personas extraviadas que habían olvidado a la Iglesia de Cristo; que el mundo actual sufría por falta de amor y sólo los cristianos podían darlo; que la sociedad era un «cuerpo gastado» que requería «sangre nueva», siendo los católicos quienes debían ofrecerse para la transfusión<sup>48</sup>. El obispo no sólo era consciente de los problemas que aquejaban a la diócesis y a la sociedad, sino también visualizaba el rol activo de los feligreses en la salvación de «las almas», labor que el Concilio Vaticano II dedicaría especial atención.

Los recursos económicos no abundaban en la diócesis. Había que generar dinero para materializar las obras pendientes y financiar las nuevas. En la carta pastoral de 1 de mayo de 1956 titulada *Campaña pro-obras diocesanas*, junto con señalar la importancia y las características de las obras arriba señaladas, reparaba en sus altos costos, los cuales superaban los cien millones de pesos. Decía a los feligreses: «No se trata de dar algo sólo para salir del paso... Se trata de dar algo extraordinario, algo como nunca se había hecho»<sup>49</sup>. En otro escrito del mismo año denominado *Los problemas de un obispo*, cuyo objetivo era motivar a los fieles a participar de la campaña denominada «Dar hasta que duela», entregaba más detalles sobre la importancia de las obras para la formación de la grey, especialmente de los jóvenes del medio urbano y rural de la diócesis. Su preocupación llegaba a tal punto que instruía a aquellos que pretendían donar mediante un testamento: «Ponga en su testamento así: Lego al obispado de Chillán para obras educacionales y del culto (tal cantidad o tal propiedad). No amarre las manos del obispo. Déjele así la libertad de emplear sus bienes en lo que él estime de mayor utilidad para la Diócesis»<sup>50</sup>.

En síntesis, en tiempos preconciliares, la diócesis que lideraba el obispo Eladio Vicuña presentaba desde el punto de vista material y espiritual una serie de carencias que impedían un servicio pastoral eficiente. No era sólo un tema de extensión territorial, dispersión de parroquias, sino también la falta de religiosos para atender la feligresía, adecuar la liturgia, hacer frente al protestantismo y las ideologías de izquierda y la falta de recursos económicos para crear las condiciones para un trabajo pastoral efectivo. Esta era la realidad de una diócesis

<sup>48</sup> *Revista Católica*, vol. LVII, 1959, p. 2329.

<sup>49</sup> ADCh. (c), Carta circular del obispo Eladio Vicuña, 1951-1975.

<sup>50</sup> *Idem*.

eminentemente rural *ad portas* del Concilio Vaticano II y que inquietaba al obispo Vicuña.

### **Eladio Vicuña en el Concilio Vaticano II: apoyos e intervenciones**

Si bien no era primera vez que visitaba Europa, el obispo nunca había participado de una actividad de tanta importancia para la Iglesia. Llamaron su atención numerosas situaciones que dejó plasmadas en sus escritos, especialmente de prensa, que van desde lo profano a lo propiamente teológico. Describe con asombro y lujo de detalles su viaje, su estadía en Roma y los diversos momentos del Concilio<sup>51</sup>. Llamaron su atención el oír hablar a los asistentes en todas las lenguas y ver a prelados de la India y de África mezclados con norteamericanos y europeos, la Basílica de San Pedro, los altares, la vestimenta de los cardenales, entre otros<sup>52</sup>.

Pero no todo fue descripción de situaciones mundanas. También Vicuña entró en los temas teológicos, los que podemos observar en las *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*. El obispo participó en diversas sesiones del Concilio, ya sea suscribiendo lo establecido por los prelados o participando con su opinión en el debate conciliar. En las sesiones en las cuales participó, los temas que se discutieron decían relación con la santidad, la libertad religiosa, el apostolado de los laicos, el celibato, la Iglesia en el mundo de hoy, la pobreza en el tercer mundo, en entre otros. En este sentido, algunas ideas suscritas por el obispo fueron las siguientes:<sup>53</sup>

Primero, que la santidad no estaba reservada sólo para los religiosos y sacerdotes, sino que para todos los laicos comprometidos que cultivan una vida honesta en las virtudes cristianas: una santidad para todos los cristianos. Respecto a los medios para alcanzar la santidad estaban la oración, la mortificación y el trabajo cotidiano. Segundo, la libertad religiosa, si bien es importante en la vocación y la conciencia de las personas, ésta no debe entenderse independiente de Dios, a fin de evitar cualquier peligro de caer en el subjetivismo y el indiferentismo. La libertad debe reconocerse no solamente a cada persona, sino también a los grupos religiosos.

Tercero, el apostolado de los laicos debe ser activo. Éstos deben transformarse en «hostias vivientes», visibles por sus acciones en la comunidad y guiados por los sacerdotes. La Iglesia no puede realizar su tarea como es debido si no participan los laicos muy junto a los sacerdotes en la promoción del culto de la religión cristiana y la profesión de fe. Los laicos son el 99% de los miembros de la Iglesia y no forman parte de las asociaciones cristianas. La tarea de éstos es imprescindible para promover los valores humanos, la cultura y la civilización,

<sup>51</sup> ADCh. (a), 1956-1970, 6 de octubre, 1962

<sup>52</sup> ADCh. (a), 1956-1970, 10 de octubre, 1962

<sup>53</sup> *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, volúmenes I (1970), II (1971), III (1973), IV (1978), Typis Polyglottis Vaticanis, Ciudad del Vaticano.

siempre con la aprobación de la jerarquía (el obispo) y teniendo en todo momento delante los valores. Cuarto, frente a las proposiciones de algunos sacerdotes respecto a la posibilidad de abolir el celibato, se expresaba que éste no puede ser revisado sin contrariar la doctrina del Concilio Vaticano II. Si bien se han procurado dispensas para algunos religiosos que deseaban casarse, ello no puede poner en entredicho el sacerdocio mismo, sino asegurar su integridad y defender su prestigio. La imagen de la Iglesia dependía en gran medida de la que puedan mostrar los sacerdotes.

Quinto, la Iglesia en el mundo y su misión, entendida como una institución para la salvación (*Institutio salutis*), como servicio a los hombres, como ministra y sacramento de la redención, como «Nueva Creación o Reino de Dios incoado en la tierra». La Iglesia es como la patria de los hombres a la que tienden todos los pueblos, y en cuya humanidad se descubre la plenitud de su concreta vocación. Existe una necesidad de diálogo con el humanismo actual. Sexto, el tercer mundo y la pobreza, donde muchas personas viven indignamente y la sociedad no debe tolerar. Si bien la Iglesia no tiene los medios para solucionar el problema, debe formar un grupo que proponga políticas apropiadas para solucionarlo, entre ellas concebir el progreso humano no solo materialmente, sino concebirlo como la «comunidad entre los hombres» (*inter homines communitio*), y las ayudas se dirijan a incorporar a la vida social, económica y cultural de la sociedad. Séptimo, la desigual distribución de los sacerdotes en el mundo, lo que compromete la salud espiritual de miles de fieles. Mientras en algunos lugares sobreabundan, en otros los fieles están en lamentable abandono, víctima de los lobos rapaces de la ignorancia, la superstición, del proselitismo y la injusticia. Hay lugares donde los pastores perecen por falta de fieles, y en otros son las ovejas las que mueren sin pastor. Se hace necesaria una equitativa distribución de los sacerdotes.

En el plano de las intervenciones que hizo el obispo Vicuña, está aquella que tiene que ver con la relación entre los presbíteros y los obispos. Señalaba que los presbíteros son los grandes colaboradores del orden episcopal, que no se podía dejar pasar el espíritu de diálogo entre los sacerdotes y los obispos, como tampoco la experiencia que recogen en sus múltiples obligaciones. Creía en el derecho de los sacerdotes a opinar libre y fraternalmente, aunque fueran poco versados en el derecho canónico<sup>54</sup>.

Manifestaba el obispo que, si el Concilio había propuesto escuchar a los laicos, ¿Por qué no hacerlo con los sacerdotes? Nuestra tarea es el servicio, por ello escuchemos paciente y atentamente a nuestros servidores, para luego ponderar. «Abramos las puertas de nuestra casa a todos los sacerdotes; abrir nuestros oídos a sus razones, a sus problemas y a sus penas; especialmente, abrir nuestro corazón, realmente paternal y fraterno, a todos los sacerdotes que junto a nosotros trabajan en la viña del Señor» (*Pateant ergo ianua nostrae domus omnibus sacerdotibus*;

<sup>54</sup> *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, vol. III, 1973.

*pateant et aures nostrae ad eorum rationes, ad eorum problemata et poenas; pateat praesertim cor nostrum, vere paternum et fraternum, omnibus sacerdotibus nobiscum in vinea Domini laborantibus*)<sup>55</sup>.

También expresaba en su intervención que el deseo de instaurar una vida común de los sacerdotes seculares no siempre era posible en América Latina, donde una parroquia dista de otras unos 50 kilómetros y más. Por ello, sugería que se agregara la palabra «equipos» de sacerdotes, que en muchas naciones había tenido éxito. Finalmente, consideraba que, basado en su experiencia como obispo, sacerdote, presbítero y párroco, los títulos honoríficos debían suprimirse, porque la experiencia indicaba que es causa de ambición, envidias, división y vanidad. Por ello afirmaba que «en todas aquellas cosas relativas al ministerio sacerdotal tengo mucha experiencia» (*omnium quae in ministerio sacerdotali expertum sum*)<sup>56</sup>.

En otros escritos es posible también conocer su pensamiento, como aquel de la importancia de la potestad del Colegio episcopal, toda vez que el Papa no era un monarca absoluto que pueda prescindir de los obispos, pues éstos son de derecho divino. La unión entre todos los cristianos era importante para enfrentar los nuevos tiempos. El 24 de diciembre de 1963 señalaba: «Esta desunión entre los cristianos, confesémoslo sinceramente, es un mal ejemplo que damos al mundo no cristiano. Todos hemos tenidos la culpa, todos nos hemos ofendido mutuamente»<sup>57</sup>.

Una de las mayores coincidencias que Eladio Vicuña tuvo con el espíritu del Concilio se revela en la necesidad de incorporar a los laicos en el «apostolado» que requería la Iglesia para avanzar en la catequesis social y en la extensión del verbo cristiano. Durante su estadía en Roma se sorprendió de los avances en materia de integración de los laicos a la tarea evangelizadora, especialmente el papel que habrían de jugar las mujeres en algún momento: «Este Concilio ha roto todos los moldes con respecto a los Concilios anteriores. El progreso se ha ido realizando paulatinamente. En la segunda sesión asistieron varios laicos católicos como auditores, y en esta tercera sesión la mujer también apareció en la tribuna de los auditores católicos»<sup>58</sup>. Pero había un problema: el llamado «clericalismo» existente en la Iglesia, muchas veces denunciado y ahora puesto a la vista como un problema, debía solucionarse urgentemente, debido a que, como lo manifestaron muchos padres conciliares, «al laico se le ha considerado en numerosas ocasiones como menor de edad»<sup>59</sup>.

---

<sup>55</sup> *Ibidem.*, p. 658.

<sup>56</sup> *Idem.*

<sup>57</sup> ADCh. (a), 1956-1970, 24 de diciembre de 1963

<sup>58</sup> ADCh. (a), 1956-1970, 7 de noviembre de 1964

<sup>59</sup> ADCh. (a), 1956-1970, 10 de noviembre, 1964

### **El posconcilio en la Diócesis de Chillán: iniciativas, avances y críticas**

Las orientaciones conciliares eran muy generales y estaban dirigidas a la Iglesia universal, integrada por muy diversas culturas, costumbres y mentalidades. Había que hacer un «pequeño concilio» en cada diócesis y para ello era imprescindible la tarea de adaptar las líneas generales del Concilio a la realidad particular de cada continente, país o diócesis.

Fue así como el sínodo apareció como una de las iniciativas más importantes para poner en práctica el Concilio. El Cardenal Silva Henríquez en una Pastoral del 31 de agosto de 1966 convocaba a un sínodo arquidiocesano. Allí clarificaba el sentido e importancia del sínodo diciendo que era «una actualización del ministerio pascual» y «un paso decisivo en el desarrollo de la historia de la salvación»<sup>60</sup>. Expresaba que la renovación conciliar no sólo se medía en los cambios de usos y normas, «sino en el cambio de ciertas posturas mentales, de ciertas resistencias del corazón al espíritu verdaderamente cristiano»<sup>61</sup>.

En la diócesis de Chillán Eladio Vicuña pensó también en adoptar el sínodo como mecanismo para aterrizar el Concilio. A fines de 1966 el obispo comienza a pensar en la realización de un sínodo, con la finalidad de concretar las directrices emanadas de Roma. Para lograr este objetivo era necesario conocer también las diferentes realidades del extenso territorio apostólico de la diócesis chillanense, y con ello evaluar las capacidades para comprender y aplicar las indicaciones conciliares. En esta idea incorporó a los presbíteros, religiosos, a los consagrados al servicio divino y a los dirigentes de los diversos apostolados laicos, todos en comunión. Todas las parroquias y los movimientos apostólicos, tanto del mundo urbano como del rural, se sumaron a la causa.

El 21 de noviembre de 1968 el obispo renovó el llamado al sínodo efectuando la primera jornada el 28 de diciembre de 1969. Allí se establecieron las «preocupaciones principales» de la Iglesia diocesana, las cuales quedaron explicitadas así: la formación integral de los adultos cristianos, el interés por los problemas del subdesarrollo, el compromiso de la Iglesia en los cambios sociales y la preocupación por cubrir la falta de personal apostólico<sup>62</sup>. Los temas revelan el particular interés por la cuestión social que permeaba los claustros eclesiásticos, preocupación que se pensaba podía generar el interés de los fieles por asimilar el espíritu del Concilio Vaticano II. Como era de esperar, celebró tres sínodos más: en 1969, 1970 y 1971, los cuales pretendían idénticos propósitos.

Paralelamente a esta línea extra-eclesiástica, al interior de la diócesis había inconvenientes graves como la deficiente formación de los sacerdotes y los diáconos. Para ello posibilitó la capacitación de los curas en el Instituto Superior de

<sup>60</sup> «Pastoral de su eminencia, el sr. Cardenal Raúl Silva Henríquez para convocar al Sínodo Arquidiocesano», *Revista Católica*, vol. LXII (1967), pp. 5264 y ss.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 5265.

<sup>62</sup> Santa María, Gabriela, *op. cit.*, pp. 115-178.

Pastoral Latinoamericana (ISPLA), con la expresa finalidad de que estudiaran teología y derecho canónico y así compenetrarse adecuadamente del sentido del Concilio. Sin duda, había mucha ignorancia en los primeros colaboradores del obispo, no sólo en materias conciliares, sino que también en su formación pastoral. Los propios sacerdotes de la diócesis reconocían esta realidad en una consulta realizada en 1967. Para remediarla, el obispo preparó viajes periódicos del clero a la ciudad de Santiago para recibir una mejor formación en materias conciliares.

La incorporación de los laicos en la tarea de poner en práctica el Concilio se vio favorecido por el interés manifestado en la diócesis por integrar el diaconado, situación que alcanzó cierto éxito al descubrir vocaciones para este ministerio y preparar a quienes manifestaban su disposición para ello. Fue así como en los inicios de la década del setenta se ordenaron los primeros 8 diáconos, y a mediados de la misma sumaban quince<sup>63</sup>. El testimonio de uno de ellos deja en claro la mística que los impregnó: «Nos ha tocado vivir en una etapa muy especial de la vida de la Iglesia; en una época en que la Iglesia está dentro de un mundo, de una humanidad que crece vertiginosamente en necesidades y habitantes y a los cuales la Iglesia tiene como misión esencial SERVIR». Luego agregaba que el desafío de la Iglesia actual era «SER PARA TODOS, llegar a todos, entregar a todos los mensajes de salvación de Jesucristo... Servir en el más amplio sentido de la palabra y con la profundidad que le dio Cristo a su servicio: humilde, generoso, hasta la muerte»<sup>64</sup>.

La preparación intelectual y la pastoral no fueron las únicas preocupaciones. Hubo otras ocupaciones que vieron la luz: el pre-seminario creado en 1965; la casa para reuniones, retiros y ejercicios espirituales llamada Casa Tabor en 1967; la incorporación de 17 sacerdotes españoles y 4 canadienses; la fundación de las casas parroquiales de San Pablo en población Kennedy en 1965, Divino Salvador y Nuestra Señora de Fátima en Chilliguay en 1970; la adquisición de propiedades como la parcela La Gloria, en el paso El Roble del río Itata, para campamentos de las asociaciones de scouts, acólitos, JOC (Juventudes Obreras Católicas) y JEC (Juventudes Estudiantiles Cristianas)<sup>65</sup>.

Más allá de estas realizaciones que aportaban al espíritu del Concilio, la mirada de los sacerdotes y la feligresía revelaron también algunos problemas. En una «Encuesta Anónima» realizada en 1967 a feligreses y sacerdotes de la diócesis, cuya finalidad era recoger información para la realización de una Asamblea Episcopal, es posible observar la lentitud de los cambios. La Encuesta fue respondida por personas diversas: ingenieros, agricultores, profesores y estudiantes. La edad de los encuestados fluctuó entre los 15 y los 50 años. Eran tres preguntas. La primera cerrada: ¿Con qué se asociaba la Iglesia Católica en Chillán: Educación, Prohibiciones, Política, Poder Económico, ¿entre otros? Las dos restantes eran

<sup>63</sup> *La Discusión de Chillán*, «24 años del Diaconado Permanente», 22 de octubre, 1995.

<sup>64</sup> *La Discusión de Chillán*, 9 de noviembre, 1975.

<sup>65</sup> *Idem*.

abiertas: ¿En qué cree Usted que la Iglesia Católica debe cambiar (renovarse)?; ¿Cree Usted que la Iglesia Católica de Chillán (sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos) sirve al pueblo que vive en la provincia de Ñuble? ¿Por qué? Veinte fue el número total de encuestas. Como se ve, el objetivo era evaluar el “estado” de la Iglesia Católica en Chillán.

Algunas ideas conclusivas permiten dar cuenta de los cambios que se esperaba de parte de la institución: un rechazo a la actitud que denominaban “paternalista”; era necesario tener mayor apertura al diálogo entre sacerdotes y feligreses; se expresó repulsa a la intervención de los curas en materia política; que debía ser más notoria la práctica de la caridad; postulaban una Iglesia más sencilla y censuraban el interés en los bienes materiales.

Algunas expresiones pueden darnos una imagen de la mentalidad laica mirando a la Iglesia: «El católico adulto es un artesano sin herramientas», carente de guía en las «cosas de Dios». La Iglesia debía cambiar su «conducta social con el pueblo», ayudar al «cambio de mentalidad» y formar «verdaderos cristianos» en la diócesis<sup>66</sup>. Otras voces expresaban que la Iglesia tenía que «modernizarse» y «ponerse a tono con la época en que vivimos». Si bien había cosas positivas en las formas de relacionarse con la feligresía, no habían «evolucionado como educadores», donde iban muy lentos. En relación con el servicio espiritual que prestaban los religiosos y religiosas reparaban en el poco contacto entre los sacerdotes y el pueblo, pues se decía que aquellos se presentaban poco activos en el servicio pastoral mostrándose como si estuvieran “fuera del mundo”. Más que motivar a los jóvenes, se decía que la clerecía los intimidaba con un Dios nada amistoso.

La autocrítica laica era también severa, pues los encuestados señalaron que los católicos lamentablemente carecían de educación para incorporarse a la sociedad, y muchos de ellos vivían encerrados en sí mismos mostrando indiferencia hacia el resto. Asimismo, advertían la carencia de educación para incorporarse a la sociedad<sup>67</sup>.

En síntesis, junto con reconocer el aporte pastoral de los sacerdotes, religiosas y laicos, criticaban cierto abandono en lo espiritual. Observaban una pastoral algo dispersa sin una clara orientación para la vida concreta y práctica, caracterizada por la prescripción de normas y dogmas. Además, surgió subrepticamente una suerte de clasismo en la participación de las tareas encargadas a los laicos<sup>68</sup>.

Por otra parte, la Encuesta Anónima a los sacerdotes de la diócesis fue respondida por el 42% de los 38 presbíteros con que contaba la diócesis en 1968. Contenía 13 preguntas que combinaban cuestiones abiertas y cerradas: ¿Cuáles son

<sup>66</sup> «Encuesta a la comunidad», 1967, *Consulta a los sacerdotes*, 1967, ADCh.

<sup>67</sup> *Idem*.

<sup>68</sup> *Consulta a los sacerdotes*, 1967, ADCh.

las principales dificultades con que tropieza para su buen desempeño como pastor? ¿Qué soluciones daría para las dificultades pastorales? Si Ud. fuera obispo ¿a qué daría mayor prioridad pastoral? ¿Cómo ve Ud. la Iglesia en Chile en los próximos 10 años? Si Ud. fuera obispo o superior de una Orden religiosa ¿qué haría para ayudar a su clero a ser mejor? ¿Siempre ha habido en la historia de la Iglesia algunas defecciones de sacerdotes? ¿A su juicio a qué se deben? (indique las causas más importantes), entre otras<sup>69</sup>.

La encuesta reveló un problema grueso: los sacerdotes percibían improvisación en el gobierno diocesano. Destacaban que los objetivos generales de la diócesis no estaban claros, razón por la cual era notoria la falta de una adecuada planificación de las múltiples tareas: los excesivos deberes administrativos terminaban por sofocar las mejores iniciativas pastorales; la falta de trabajo en conjunto hacía agobiante el cúmulo de obligaciones; la soledad del clero en sus parroquias era motivo de honda preocupación; en el ámbito propiamente evangelizador observaban incoherencias entre la teoría y la práctica en el ejercicio pastoral. Quizás si todo lo anterior repercutiera, finalmente, en la sensación de desvinculación entre la comunidad y la diócesis.

Veamos algunas respuestas: uno de los sacerdotes encuestados veía en «la falta de sintonía entre las reales inquietudes del sacerdote y el muy diferente mundo». Tal como había sucedido en el Concilio, el controvertido celibato volvió a aparecer en el tapete, ya que se decía: «inquieta más al clero de lo que los obispos suponen, y en forma más madura de lo que pueda creerse superficialmente». Existía, a juicio de los sacerdotes encuestados, «desorientación y crisis por la etapa de transición y cambios que vivíamos», desorientación que iba acompañada de un conocimiento muy precario del Evangelio<sup>70</sup>. Otros reparaban en la «soberbia, impaciencia, relajación, desilusión, frustración, pérdida de fe» que los hacía separarse de la misión asumida, pues era evidente la sensación de «desaliento ante una sociedad que solo valora lo material», concluía uno de los sacerdotes.

Al preguntarles por la solución a los problemas planteados, las acciones en que más concuerdan los sacerdotes son: revitalizar el equipo misional, trabajar en equipo, contar con una pastoral planificada y coordinada, desempeñar menos funciones administrativas, aprovechar las cualidades de cada religioso, etcétera.

Cuando se les pregunta a los sacerdotes qué harían si tuvieran que desempeñarse como obispo, su respuesta era clara y precisa: se centrarían en lo propiamente pastoral más que en lo administrativo, visitarían permanentemente las comunidades parroquiales, reorganizarían a fondo la pastoral diocesana, fortalecerían las comunidades cristianas y tendrían un mayor conocimiento humano del clero local y de sus problemas. Se manifiestan optimistas en cuanto a

---

<sup>69</sup> *Idem.*

<sup>70</sup> *Idem.*

que la Iglesia chilena vivirá en un tiempo de diez años una «puesta al día conforme al Concilio»<sup>71</sup>.

Respecto a las «defecciones» o alejamiento de la misión pastoral de los sacerdotes, estas decían relación con una deficiente formación en el Seminario, falta de perseverancia en la fe, la dedicación a tareas ajenas al sacerdocio, la soledad en los comienzos del sacerdocio, la escasa valoración del trabajo pastoral y espiritual. Uno de los encuestados dijo que las defecciones del clero guardaban relación con «no vivir la entrega total a la Iglesia y al sacerdocio», puesto que estaban dedicados a tareas desvinculadas de rol sacerdotal.

Las soluciones a dichas defecciones de los sacerdotes pasaban por una serie de situaciones, a saber: mejor selección de los postulantes, fomentar los equipos de trabajo, mayor franqueza en el actuar y una formación religiosa más cercana a la realidad. Al preguntarles *¿qué harían si fueran obispos o superiores de una Orden religiosa?* responden de modo muy parecido a la anterior pregunta: exigirían a los sacerdotes más entrega y espíritu de servicio, visitarían de improviso las parroquias y comunidades cristianas, fomentarían una vida más espiritual, tendrían un mayor contacto con su clero, invitarían a planear juntos el apostolado.

Como se puede observar en ambas Encuestas, los fieles y los sacerdotes de Chillán percibieron una Iglesia distante de lo que el Concilio esperaba, al menos en este primer momento. No había diálogo fluido entre estos protagonistas claves del cambio propiciado por el Concilio Vaticano II. Por el contrario, se habían generado distancias, urgían problemas de formación y una pastoral desorganizada. Como siempre, se mantenía una tradición de gran arraigo que era difícil detener y cambiar, en definitiva, la tarea tenía visos de rompimiento. Implantadas en una sociedad campesina tradicional, traspasada por un conservadurismo de larga data, las ideas de Juan XXIII y Pablo VI no encontraron al principio la disposición anímica para concebir de otro modo la Iglesia Católica, pero en particular la Iglesia chillanense.

## Conclusiones

El obispo Eladio Vicuña Aránguiz debió hacer frente a diversas situaciones mientras gobernó la diócesis de Chillán entre los años 1955 y 1974. Eran problemas que se arrastraban desde la creación del obispado en 1926 y decían relación con la extensión territorial, infraestructura religiosa y escasez de sacerdotes para servir las 31 parroquias que conformaban la diócesis hacia 1960.

En tiempos preconciliares la falta de sacerdotes obligó al obispo Vicuña a viajar a Europa en la búsqueda de pastores para su feligresía. Habiendo tenido una gran acogida en España, llegaron sacerdotes que cumplieron ampliamente las expectativas del obispo. Le siguió la falta de recursos económicos para alcanzar una infraestructura adecuada que sirviera para la formación de los futuros religiosos, lo mismo para la implementación de una pastoral efectiva. De igual forma la

---

<sup>71</sup> *Idem.*

penetración del protestantismo y el avance de las ideologías de izquierda, especialmente el comunismo, preocupaban al obispo.

En el concilio participó de varias sesiones donde apoyó resoluciones y presentó otras que venía manifestando en sus pastorales y escritos de prensa. Varios temas motivaron su intervención en la asamblea: la santidad abierta a todos los que pudieran alcanzarla; de la necesidad de un Colegio episcopal gobernado por el pontífice, pero confraternal en la responsabilidad; el rol imprescindible de los laicos en la acción pastoral; el cambio en la liturgia y el diálogo entre los cristianos.

Una vez concluido el Concilio el obispo intentó su puesta en práctica con evidente entusiasmo. Con la finalidad de dar a conocer las directrices del Concilio y lograr en la comunidad una verdadera «apropiación» del mismo, posibilitó la realización de sínodos con amplia participación de la comunidad. Incentivó la formación de un diaconado que pudiera apoyar a los sacerdotes, cuyos frutos podían constatarse ya en los años setenta. Los esfuerzos del obispo por poner en práctica el Concilio deben concebirse como un primer intento al interior de un proceso lento y complejo. No debemos olvidar que era una tarea gigante, ya que se trataba de lograr un cambio de carácter estructural con nuevas actitudes y renovados pensamientos, como señaló en su momento el cardenal Silva Henríquez.

Hacia fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta, todavía se estaba lejos de producir una auténtica renovación en la diócesis, porque la transformación de las mentalidades permanecía pendiente, lo mismo la escasez de expresiones renovadas de religiosidad nacidas de la fe. Las reformas neoliberales impuestas entonces por la dictadura militar y mantenidas más tarde por los gobiernos de la “Concertación”, consistentes en concebir el progreso humano solamente en su dimensión material, no crearon ambientes propicios para que anidaran bien las directrices del Concilio.

Pese a ser un obispo formado en una época pre-conciliar, y en muchos de sus aspectos personales dominado por un conservadurismo genuino pero no recalcitrante, es innegable que no sólo se abrió a los cambios que propiciaba el Concilio Vaticano II, sino también intentó generar condiciones favorables para ponerlo en práctica, permitiendo, por ejemplo, que los sacerdotes de la diócesis vivieran su propio *aggiornamento*, capacitándolos en el Instituto Superior de Pastoral Latinoamericana (ISPLA). Al mirar en perspectiva, es posible observar que el obispo había visualizado desde antes el rol de los laicos en la Iglesia, concibiéndolos como «hostias vivientes». Temas eclesiológicos de gran relevancia cogieron su atención, como la comunión entre los hombres (*inter homines communio*), la salvación de todos los hombres (*Institutio salutis*) y el diálogo entre el obispo y los sacerdotes.

Difícil y complejo fue para muchas diócesis nacionales y extranjeras la puesta en práctica de las directrices del Concilio Vaticano II. La experiencia del obispo Eladio Vicuña confirma la realidad de la Iglesia del tercer mundo, esto es, la falta de

preparación, recursos y apertura. Al igual como ocurrió en otros obispados, había que evitar los excesos al momento de aplicar lo dispuesto por el Concilio, sin quedarse en lo antiguo ni pasar radicalmente a lo moderno, actitud que el propio Eladio Vicuña sintetizó: «Reforma legítima sí, reforma arbitraria no».

## Bibliografía

### Fuentes Primarias

- *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, volúmenes I (1970), II (1971), III (1973), IV (1978), Typis Polyglottis Vaticanis, Ciudad del Vaticano.
- *Artículos de prensa, 1956-1970*, Eladio Vicuña, ADCh. (a).
- *Escritos como obispo de Chillán*, volumen I., Eladio Vicuña, ADCh. (b).
- *Cartas circulares de los obispos, 1951-1975*, Eladio Vicuña, ADCh., (c).
- Consulta a los sacerdotes, 1967, ADCh.
- *La Discusión de Chillán*, 1975, 1995.
- *Revista Católica*, tomos: LVII (1959), LVII, (1961), LXVI (1967)
- Constitución dogmática *Lumen Gentium*.
- Constitución pastoral *Gaudium et spes*.
- Decreto conciliar *sobre el deber pastoral de los obispos*.

### Fuentes Secundarias

- ALONSO, Juan, «Ateísmo e increencia según el Concilio Vaticano II», *Scripta Theologica*, vol. 45, 2013 (pp. 395-423).
- AZCUY, Virginia, «La recepción del Concilio Vaticano II en el Pueblo de Dios. Testimonios sobre la renovación desde las formas de vida», *Revista Teología*, vol. L, n° 112, 2013.
- BERRIOS, Fernando, «Antecedentes y recepción de *Gaudium et Spes* en Latinoamérica. Una mirada desde Chile», *Teología de los signos de los tiempos latinoamericanos*, eds. Azcuy, Virginia, Schickendantz, Carlos, Silva, Eduardo, Centro Teológico Manuel Larraín, Santiago, 2013 (pp. 21-51).
- BLANCO, Pablo, «¿Ruptura o reforma? La hermenéutica del Concilio Vaticano II en los escritos de Joseph Ratzinger», *Teología y Vida*, vol. LIV, 2013 (pp. 255-287).
- COMBLIN, Joseph, *Tiempo de acción. Ensayo sobre el Espíritu y la historia.*, CEP, Lima, 1986.
- FAGGIOLI, Massimo, «La recepción del Vaticano II. Un balance a los cuarenta años de su conclusión», *Iglesia viva*, n° 227, julio-septiembre, 2006.
- JARA, Silvio, «Orígenes del obispado de Linares 1925-1960», *Historia de la Iglesia en Chile*, tomo IV, dir. Sánchez, Marcial, Editorial Universitaria, Santiago, 2014 (pp. 401-428).
- LEVI, Giovanni, «De la microhistoria a las construcciones sociales de la Historia», *La Historia en Controversia. Reflexiones, análisis, propuestas*, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 2009 (pp. 55-84).
- MADRIGAL, Santiago, «La recepción del Concilio Vaticano II», *Revista Iberoamericana de teología*, vol. VII, Universidad Iberoamericana, 2011.

- MORELLO, Gustavo, «El Concilio Vaticano II y su impacto en América Latina a 40 años de cambio en los paradigmas en el catolicismo», *Revista Mexicana de las Ciencias Políticas y Sociales*, n° 9, México, 2006.
- MORENO, Rodrigo, «El Episcopado en la primera mitad del siglo XX, un nuevo escenario», *Historia de la Iglesia en Chile*, tomo IV, dir. Sánchez, Marcial, Santiago, 2014 (pp. 15-52).
- PEREA, Joaquín, «¿Acontecimiento del Espíritu o corpus doctrinal a aplicar con fidelidad?», *Iglesia Viva*, n° 227, 2006 (pp. 3-72).
- PIERIS, Aloysius, «Vaticano II. Un concilio “Crisigénico” con una agenda no escrita», *Pastoral Review*, n° 42, 2005 (pp. 7-24).
- POLANCO, R., «Concepto teológico de recepción con vistas a su aplicación al desarrollo posterior al Concilio Vaticano II», *Teología y Vida*, vol. 54, n° 2, 2013.
- ROUTHIER, Gilles, «El sueño de un nuevo concilio», *Revista Selecciones de Teología*, n° 177, España, 2006 (pp. 57-71).
- ROUTHIER, Gilles, «El Concilio Vaticano II como estilo», *Revista Iglesia Viva*, n° 227, 2006 (pp. 3-44).
- SALINAS, Carlos, *Genealogía Episcopal de los Obispos de Valparaíso*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 2015.
- SALINAS, Carlos, «El catastro de los archivos de los padres del concilio Vaticano II en América Latina. Primeros resultados y perspectivas de investigación», *Il concilio Vaticano II alla luce degli archivi dei padri conciliari*, ed. Chenaux, Philippe, Lateran University Press, Pontificia Università Lateranense, Ciudad del Vaticano, 2015 (pp. 363-387).
- SALINAS, Carlos, «El Concilio Vaticano II vivido desde dos Arzobispados del Pacífico-Sur de América Latina: Lima y Santiago de Chile», Chenaux, Philippe, Plamen Kartaloff, Kiril, *Il concilio vaticano ii e i suoi protagonisti alla luce degli archivi*, Libería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2017 (pp. 329-348).
- SANTA MARIA, Gabriela, «Entre concilios: Una interpretación histórica de los Concilios Provinciales de 1938 y Plenario de 1946», *Historia de la Iglesia en Chile*, vol. IV, ed. Sánchez, Marcial, Editorial Universitaria, Santiago, 2014 (pp. 115-178).
- SERRANO, Laura, *Aportaciones de la Iglesia a la democracia, desde la diócesis de Valladolid 1959-1970*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2006.
- UNZUETA, Ángel, *Vaticano II e Iglesia Local. Recepción de la eclesiología conciliar en la Diócesis de Bilbao*, Descleé de Brouwer, Bilbao, 1994.
- VILLAR, José Ramón, «Dimensión ecuménica del Vaticano II», *Scripta Theologica*, vol. 46, 2014 (pp. 91-102).
- YÁNIZ, Edurne, «El impacto y la recepción del Concilio Ecuménico Vaticano

II en Navarra. Una aproximación al primer postconcilio marcado por la figura del Prelado Mns. Enrique Delgado Gómez (1965-1968)», *Historia actual online*, nº 3/3, 2014 (pp. 127-142).